

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 6,2-6): *Teme al Señor, guardando sus mandatos.*

Salmo (17, 2-3a.3bc-4.47 y 51ab): *«Yo te amo, Señor; tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (Hebreos 7,23-28): *Santo, inocente y sin mancha.*

Evangelio (Marcos 12,28b-34): *Amarás al Señor, tu Dios y amarás a tu prójimo.*

Tras entregarle las Tablas de la Ley (el Decálogo escrito por el dedo de Dios sobre la piedra) al bajar del monte Sinaí en el desierto, Moisés, promete al pueblo de Israel en nombre de Dios: *«Guarda los mandamientos del Señor y te irá bien»*. Pero este pueblo de **“cabeza dura”**, con sus amores y desamores, acercamientos y lejanías, en el transcurso de los tiempos le ha ido agregando precepto tras precepto, norma tras norma y en tal cantidad, que hace casi imposible su total conocimiento y no digamos su cumplimiento.

En tiempos de Jesús, la Thorá constaba ya de 613 preceptos, de ellos 365 (tantos como los días del año) eran prohibitivos y 248 (tantos como el número de componentes del cuerpo humano según la ciencia judía) eran preceptivos. Ante tal cantidad de normas y preceptos es lógico pensar que hasta los más entendidos y conocedores (sacerdotes, escribas y letrados) terminasen por perder, no ya la noción de la correlación e importancia de todos y cada uno de ellos, sino que les fuera fácil perder incluso la cabeza.

El jurista que acude a Jesús había oído, sin duda alguna, la respuesta dada por Jesús a los saduceos acerca de la resurrección de los muertos y tenía conocimiento de sus discusiones con los fariseos. Ahora viene personalmente, con buena intención, para formularle una pregunta que le preocupa e inquieta: *«¿Qué mandamiento es el primero de todos?»* La pregunta en términos legales es lógica: ¿Existe un orden de prioridad que permita llegar a la esencia de la ley? A ésta pregunta, Jesús responde citando Deuteronomio donde se afirma: *«Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas tus fuerzas»*:

En la Biblia, el corazón es la fuente de todo querer y pensar, de allí, es de donde sale todo lo que el hombre hace, de bueno y de malo, es el centro de la persona y tan secreto que sin nuestro consentimiento sólo Dios tiene acceso a esa intimidad. *“Amar a Dios con todo el corazón es hacerle presente allí dando vida y moviendo todas nuestras acciones”*. El alma, es la fuente de la vida y de los deseos, es el principio de toda actividad. *“Amar a Dios con toda el alma es subordinar nuestros deseos a su voluntad y desear que nos la manifieste”*. Y, las fuerzas, son el conjunto de bienes y medios de acción que el cuerpo humano tiene. *“Amar a Dios con todas las fuerzas es emplear todos los medios y recursos a nuestro alcance para creer y manifestar a los demás el amor de Dios”*.

Más Jesús a este primer mandato, le une inmediatamente otra cita tomada del Levítico 19,18 donde se afirma: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo, Yo soy el Señor. Guardad mis leyes»*. Al hacer Jesús del amor como un único mandamiento, no pone ningún límite restrictivo. El amarás a tu prójimo como a ti mismo del 2º precepto, lo une y pone al mismo nivel del amor a Dios del 1º precepto. Esta es la gran novedad, el verdadero signo distintivo del cristiano.

Son dos expresiones de un mismo precepto, una realidad con dos vertientes de aplicación: **“amar a Dios y al prójimo”**. Todo lo demás está sintetizado aquí y no puede ser otra cosa que aplicaciones del principal mandamiento del amor. El que ama a Dios no hará nada que ofenda a Dios y el que ama de verdad al prójimo no hará nada que perjudique al prójimo ni en su persona, ni en su imagen, ni en sus cosas.

Reconozcamos y acojamos en nuestro corazón esta gran enseñanza de Jesús y mostrémosle nuestro total acuerdo, diciendo como el jurista: *«Muy bien, Maestro, tienes razón cuando dices que no hay nada comparado con estos preceptos»*. Y oiremos la respuesta de Jesús que elogia nuestra buena voluntad, diciéndonos como al letrado: *«Tú no andas lejos del reino de Dios.»*

Mateo en el capítulo 25 de su evangelio, nos recordará esta unión de amores: el amor a Dios y amor al prójimo: *«¿Cuándo te vimos con hambres o con sed, cuándo?»*. *«Cuando lo hicisteis con uno de estos más pequeños, conmigo lo hicisteis»*.

Estas es la esencia del cristianismo. Dios y el prójimo. Dios en nuestra vida cotidiana. Dios en el rostro de los pobres. El amor a Dios y al prójimo, no como dos realidades separadas (Dios por un lado y el prójimo por otro) sino inseparables, como dos caras de una misma moneda, como la unión cromática de los colores de un lindo cuadro, como las notas que componen el acorde de una bella composición musical o como los versos de un precioso poema. *“Dios en todo y todo en Dios”*.